

# La Enseñanza.



EDICION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

Señorita Angela Lozano.  
Manuel Orozco y Berra.  
Hilarion Frias y Soto.  
Manuel Peredo.

## EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO IV. }

MÉXICO, AGOSTO 1º DE 1874.

{ NUM. 65.

### CUENTOS DE MI ABUELO.

#### LA CRIADITA.

[Concluye.]

Hacia ya seis meses que la *Criadita* estaba al lado de su abuelo; y tenía locos de contento á M. de Horicourt y la vieja Margarita. No ménos enamorados estaban de ella todos los vecinos de Soisy, quienes de nada hablaban sino de la gracia, y honradez más particularmente, de la *Criadita*. El hijo del mullidor, el maestro de escuela mismo, y hasta el sobrino del administrador de rentas reales, la habian pedido en matrimonio por repetidas veces; pero German, consultado por M. de Horicourt como tutor y pariente de la jóven huérfana, se negaba con magisterio á dar su consentimiento á todas estas propuestas, por mas ventajosas que fuesen. Javota por su parte, que se divertía mucho con tan lucidas pretensiones, declaraba que no dejaría á su amo hasta la muerte; y enternecido y embelesado con ello este buen anciano, hacia voto con voz bajita que despues de Margarita tendria Javota lugar en su testamento.

Leontina, que se habia habituado fácilmente á la ausencia de su hermana, llegó á sus diez y seis años. La clase elevada de su padre, valimiento de que gozaba con el monarca, y los bienes inmensos que iban aumentándosele por dias, no tardaron en atraer infinitos novios á la doncella. Como ésta, en virtud de la ausencia de Lilia, se hallaba desembarazada de una comparacion que le hubiera sido poco favorable, fué pretendida en matrimonio por un militar de un grado superior que habia servido bajo las órdenes de su padre; y ajustóse por último el casamiento. Madama de Coulanges creyó que en semejante circunstancia no podía ménos de sacar á Lilia de su colegio de Pontoise, por donde esta última dirigia las cartas á su madre. Con arreglo al dictámen del general, quien no temia perjudicar ya á su hija cuya suerte estaba resuelta, recibió órden del buen German para ir por Lilia y traerla á casa; pero la víspera solamente del casamiento, para volver á partir dos dias despues; pues así era la voluntad de M. de Coulanges. El fiel German fué corriendo á Soisy, para comunicar esta noticia á la *Criadita*, la que despues de haber pedido tres dias de licencia á su amo, para asistir, decia ella, á la boda de su hermana, vino á Paris por la tarde, como estaba mandado. Vió de nuevo á su madre, á Leontina á la que

hizo mil caricias, y á su padrastro el general. Este notó con interior satisfaccion que la tez de Lilia no tenia ya como en otro tiempo su sobresaliente blancura; y que aun habia perdido mucho, léjos del trato de gentes, de aquella gracia hechicera y garbo que tanto la distinguian ántes de su partida.

Celebróse la boda de Leontina en el siguiente dia; y cuanto habia de mas elevado y respetable entre los oficiales generales se hallaba en esta magnífica y numerosa reunion. La novia, aunque pequeña y harto fea, estaba sobrecargada de tantos adornos, y cubierta de diamantes tan hermosos y tan bien colocados, que se atrajo al principio las miradas de todos; pero así que se presentó Lilia, cada uno puso y clavó en ella la vista. La sencillez de su compostura daba de nuevo mayor realce á sus sobresalientes gracias. No se vió ya mas que á Lilia, de la que todos estaban pendientes. «No sabia, le dijo el novio acercándosele con sorpresa y conmocion, que gozaria de la satisfaccion de tener tan bella hermana.—Si hace vd. dichosa á Leontina, respondió modestamente Lilia, crea, caballero, que tendré gusto en llamarle hermano mio.—Pero ¿cómo, pues, siendo vd. la mayor, dijo un alocado oficialito de dragones, y tan pulida particularmente, se casa ántes su señora hermana menor?—Porque buscan por mu-

jer siempre á aquella que reúne mas prendas, respondió todavía Lilia; y tomando entonces una mano de la novia, y apretándola en su pecho, añadió: «Harto me conocí mi hermana para convencerse de que no estoy envidiosa.»

No cesaron durante la función de admirar á Lilia y llenarla de obsequios. Varias décimas que á ruegos de los concurrentes cantó á los novios, probaron que á una voz sobresaliente reunía la mayor sensibilidad; y en el baile que se siguió al banquete, pasó á todos con su gracia, candor, y agilidad. Cuantos valientes había en el sarao disputaban entre sí sobre quién sería caballero suyo. Daban mil parabienes á madama Coulanges á causa de su hija mayor, y varios oficiales, hermanos de armas del general, le rogaron les diese en matrimonio á su hijastra; pero la modesta y prudente Lilia echó de ver fácilmente en medio de tantos triunfos, que excitaban la envidia de Leontina. Bajo la corona del himeneo y pedrería de toda especie con que la última se veía adornada, estaba bien lejos de producir el mismo efecto que su hermana bajo la mas sencilla compostura. Así, desde la mañana siguiente el general, á quien su hija había comunicado su pesar, logró de su mujer que se volvería Lilia á su colegio de Pontoise. «Temo, decía el general, que esta doncella, que no puede aspirar á una colocación semejante á la de Leontina, conciba en las funciones que han de seguirse á este casamiento pensamientos de grandeza ó inclinación á la ostentación, que le servirían solo de perjuicio, y acarrearían su desdicha.....» La muy confiada madama de Coulanges cedió á estas razones sin hacer la menor objeción; y German, con pretexto de llevar á la pobre huérfana á Pontoise, la acompañó á Soisy, donde con el nombre y sencillo traje de la *Criadita*, volvió al lado de su abuelo á sus queridas ocupaciones, que le ofrecían mas felicidad que la pompa y todo el lustre de la suntuosa casa de su padrastro.

«Ahora bien, Javota, le dijo M. de Horicourt, ¿te has divertido bien en la boda de tu hermana?—Diré á su merced que por mas satisfacciones que haya podido tener, me hallo todavía mejor aquí á su lado.—Si yo hubiera querido, repuso el anciano, hubiera asistido igualmente á un casamiento que se hizo ayer en mi familia. Una nieta mia se ha casado con un coronel de cazadores, y me han instado mas y mas para que vaya; pero la conducta del general conmigo, la reprensible debilidad de mi hija, su indiferencia hacia mí, y la irritante injusticia suya con mi querida Lilia, la que me han negado, y desterrado de su presencia, todo pone una eterna barrera entre nosotros; no los volveré á ver jamás..... no, jamás.

La *Criadita* se valió nuevamente de todo el influjo que sus solícitos cuidados y gracias le proporcionaban en el ánimo del irascible anciano, para aquietarle, y desimpresionarle particularmente en favor de su hija. Destruyó poco á poco en el alma de su abuelo una parte de su aversión al general Coulanges; y se aprovechó de una ocasión favorable que la casualidad le presentó, para tener una conferencia que ella tenía proyectada mucho tiempo hacia, y cuyas resultas, sobre colmar su deseo mas querido, había de resarcirla de cuanto había padecido.

Supo por German que los recién casados debían ir con sus respectivas familias á un recibimiento de boda que les daba un pariente del general en el palacio de Morsan, junto á Corbeil, en tal día y hora, por el camino que sigue la corriente del Sena, al pie del bosquecillo del Petit Bourg, que está en frente de Soisy. Lilia, que miró este suceso como dispuesto por la Providencia, no perdonó nada para aprovecharse de él. Instó, pues, á M. de Horicourt, que no se había resentido de la gota muchos meses hacia, para que fuese á pasearse en aquel mismo bosque de Petit Bourg, tan justamente afamado, para lo que bastaba atravesar el Sena que corre por debajo del lugar. Javota fué tan diligente en la ejecución de este plan, prometió conducir tan suavemente á su anciano amo, hacerle sentar con tal tiento y frecuencia, y tener, en una palabra, tanto cuidado de él, que M. de Horicourt no pudo resistirse á las instancias de la *Criadita*.

Fijado el día, habiéndose compuesto el anciano con sus mas ricos vestidos, y acomodado por sí mismo la canosa cabellera que coronaba su venerable cabeza, tomó el brazo de Javota, que le divirtió tanto durante el camino con sus locuras y naturalidades, que M. de Horicourt no pudo ménos de confesar que hacia mucho tiempo que no gozaba de tanta salud y felicidad.

Llegados á las márgenes del Sena, le pasaron en un barco, entraron en el bosquecillo de Petit Bourg, cuyo guarda les abrió la reja, y recorrieron los principales sitios de aquel delicioso paraje. Lilia, que se había informado de la hora á que con corta diferencia pasarían el general Coulanges y su lucida escolta, buscó traza para volver con su abuelo al camino real en el momento favorable. En efecto, apenas salía M. de Horicourt del bosquecillo de Petit Bourg, cuando alcanzó á ver en la calzada una gran polvareda, oyendo en seguida el ruido de muchos carruajes. Javota le propuso esperar un ratito para ver pasar aquella comitiva; lo que aceptó el anciano, discurriéndose que era algun grande, ó quizá el rey mismo que recorría aquella hermosa comarca. Pero apenas el primer coche, tirado de cuatro caballos, estuvo en frente de M. de Horicourt, cuando vinieron á herir sus oídos estos penetrantes gritos: «¡Cielos! ¡es mi padre!..... ¡Que paren!..... ¡que paren!.....» A estas voces abren la portezuela, y abalanzándose madama de Coulanges al viejo, se arroja á sus brazos, y le llena de besos. «¡Qué! ¡sois vosotros! le dice M. de Horicourt, haciendo por desprenderse de las caricias de su hija; ¿cómo habeis podido reconocerme? ¡há ya tanto tiempo que no nos hemos visto!—¡Ay! padre mio, respondió madama de Coulanges, respirando con dificultad, dígnese vd. perdonarme, y no inficione el momento mas dichoso que tuve en mi vida.....» Y al acabar estas palabras duplicaba sus halagos. Durante este tiempo se había apeado el general con su hija y yerno, igualmente que cuantas personas venían en los tres coches que seguían al primero. Una sus ruegos á los de su mujer, presenta los recién casados al anciano, confiesa altamente sus faltas, manifiesta cuán pesados le tienen, toma una mano de su suegro, y aplicándola á su corazón, le dice con la mas viva conmoción: «Su lugar de vd. no ha cesado de estar ahí, ¿por qué se negará á volver á él?—¿Qué veo? gritó Leontina desubriendo á Lilia que trataba de ocultarse de todas las miradas, no me equivoco; es mi hermana, sí, la misma.—¿Cómo! repuso el anciano conmovido á pesar suyo, ¿mi criadita sería?...—¡Lilia mia! exclamó sucesivamente madama de Coulanges al reconocerla: sí, es mi hija. ¡Ay de mí! veo ahora bien claramente las cosas: ¡cuán injusta fuí, y cuán bien vengada está!—¿Con qué entonces, repuso M. de Horicourt, mientras que me abandonaban, me sacrificaba ella su ternura; y mientras la desterrabais de vuestra casa, y la privábais de todos los gustos de su edad, ponía Lilia toda su felicidad en distraerme de mis pesadumbres, aliviar mis males, y darme disculpas en favor vuestro! ¡Si supiérais con qué calor y arte tomaba vuestra defensa! ¡si supiérais con qué naturalidad insinuante, y amable jovialidad supo cubrirse, para no ser á mi lado mas que una *Criadita*!... ¡Lilia mia! ¡criatura celestial! ¡cómo podré satisfacerte jamás!—Reconciliándose vd. con mi madre, respondió Lilia: este es mi único fin, y mi mas dulce recompensa.—No, no, repuso el inflexible anciano, un olvido tan cruel, un abandono semejante...—Fueron involuntarios únicamente, repuso con viveza Lilia. ¡Perdon! ¡perdon por entero! y si mi madre fué reprensible, no se lo recuerde vd. á sus hijos.»

Este último dicho penetró hasta el íntimo del corazón de M. de Horicourt; no pudo resistir al arranque generoso de la *Criadita*; y alargando sus paternales brazos, estrechó sucesivamente en ellos á su hija, yerno, Leontina, y marido suyo. Madama de Coulanges, volvió á hallar con esto la dicha que ella deseaba tanto tiempo había, como también los recién casados el consentimiento para su enlace. Estaban dilatados todos los corazones y humedecidos de deliciosas lágrimas todos los ojos; y hasta el general mismo no pudo ménos de derramar algunas,

que ocultó bien presto con sus bigotes. «Es preciso, dijo que este sea el día mas completo de cuantos hemos destinado al gusto...» Y al punto toma en brazos á su suegro, le pone en el coche entre su mujer y Lilia, y los lleva al paraje de la cita, en el que la narración de este lance hizo mas divertida y embelesada la función. Lilia con guardapiés encarnado, y un simple jubon, pareció á todos los concurrentes mejor compuesta que cuantas petimetras se hallaban en la fiesta: todos admiraban y festejaban á la *Criadita*, cuya madre y abuelo la citaban como un dechado de la piedad filial. El general, demasiado franco para ocultar su conmoción, la miró para siempre con ojos del mas sincero afecto; y entonces fué cuando Lilia triunfante y satisfecha ofreció una prueba patente de que cualesquiera que sean los agravios de nuestros padres, debemos disculparlos, y aun respetarlos; y que el único medio de poner un término á sus injusticias y rigores, es combatirlos con la dulzura y resignación.

## El ruiseñor y el canario.

(FABULA.)

En las doradas rejas  
De su prisión metido,  
Tristísimo gemido  
Y lamentables quejas  
Un ruiseñor lanzaba,  
Mientras en tono vario  
Dulcísimo un canario  
Con júbilo cantaba,  
Y aquí y allá saltaba  
De aqueste palo al otro,  
Y luego á aquel y á estotro  
Y á un aro arriba puesto  
Subíase tras esto,  
Y un rato se mecía,  
Y luego descendía  
Al comedor, y ufano  
Allí picaba el grano  
O bien agua bebía;  
Hecho lo cual, volvía  
A su trinar parlero,  
Y á dar con nuevo ahinco  
Un brinco y otro brinco,  
Alegre y placentero.

—«Observo, compañero,  
El ruiseñor le dijo,  
Que sientes regocijo  
Al verte prisionero.  
¿Cómo con pena tanta  
Tu pecho se resigna?  
Ave menguada, indigna,  
Es la que sierva, canta.  
Cumple tu ruin destino,  
Ya que ese fué tu sino;  
Mas yo, en penar tan fiero,  
De hambre morir prefiero  
A dar un solo trino.»

—«Pues yo, dice el canario,  
Discrepo en ese punto,  
Y pienso en el asunto  
De un modo muy contrario.  
Si con ponerme triste  
Lograse ver abierta  
De mi prisión la puerta,  
Al canto y al alpiste  
También renunciaría;  
¿Mas qué conseguiría  
Con tal empeño? Nada:  
Morir falto de seso,  
Sin recobrar por eso  
Mi libertad preciada.  
¿Qué sacas tú del llanto  
Con que te afliges tanto?  
Doblar tu sufrimiento,  
Mientras que yo lo ahuyento  
Con mi armonioso canto.  
No llame, pues, tu lengua  
Abatimiento ó mengua  
Mis saltos y mis trinos:

*De todos los destinos  
El mas tremendo y fuerte  
Y mas contrario al alma,  
Es no sufrir con calma,  
Las iras de la suerte.»*

Discurso tan juicioso  
Despreció el lloroso  
Rui señor susodicho,  
El cual en su capricho  
Siguió ceñudo y bravo,  
Muriendo al fin y al cabo  
Como lo habia dicho.  
¿Habrá quien se lo apruebe?  
Tal vez; mas yo me inclino  
A juzgar desatino  
Su fin cuitado y breve:  
Por tanto, si algun dia  
Del tiempo el curso vário  
Tribulacion me envía,  
*Mi gran filosofía  
Será la del canario.*

### Un aniversario en Londres.

[Continúa.]

El caballero volvió á mirarme con fijeza. Pero por aquella vez no tuve miedo, y á través de mi llanto, sostuve su mirada.

«Véamos,» me dijo, y yo saqué y puse en sus manos el paquete. Lo desató tranquilamente, abrió la cartera é hizo salir de ella, como lo habia hecho mi padre, los papeles que contenia; los miró, los contó, no por cierto con mucha prisa; volvió á meterlos, guardó su cartera, me preguntó nuestros nombres, se informó de mis padres y tomó su rapé en tanto que yo le contestaba. Respondí lo mejor que supe, y cuando acabé, me dijo dándome un golpecito en la mejilla: «Bien, hijo mio, puedes marcharte.»

No me lo hice decir dos veces. La mirada fria y el acento casi duro de aquel hombre, habia desconcertado enteramente á mi pobre hermano, quien habia estado temblando y no cesaba de tirarme por la ropa, diciéndome por lo bajo: «Gregorio, vámonos.»

Cuando la gran puerta del hotel se cerró tras de nosotros y nos vimos libres en la calle, echamos á correr. Ya era muy entrada la noche cuando llegamos á casa. Mi madre nos esperaba inquieta. «¡Y bien, Gregorio! me dijo mi padre, ¿qué tienes? estás todo sofocado. Y tú, mi Joel, ¿por qué tan colorado?»

—Vaya, dejémosles hablar, dijo mi madre.

Conté lo que habia pasado. Cuando llegué á la despedida, mi padre me preguntó en voz baja:

—¿Y despues?

—Despues me dijo, contesté yo: «Véte, hijo mio.»

—¿Y nada mas? interrogó mi madre.

—Nada mas.

Nuestro padre cambió con mi madre una mirada cuya divina mansedumbre no pude comprender sino mucho tiempo despues, por mis recuerdos. Despues me dijo: «Bien, hijo mio, cumpliste tu deber.» Y cerró los ojos.

—¿Teneis hambre? nos preguntó mi madre poco despues.

—Sí, dijo Joel.

—Sí, añadió yo.

—¿Tienes dinero? dijo mi madre, porque en nuestra ánsia de enviarte á dejar el paquete, no recogimos tus ganancias; vé, pues, á traer un poco de pan y de cerveza; despues de tanto andar, eso os aprovechará.

—Tengo poco ménos de cuatro chelines, contesté, y metiendo mi mano en la faltriquera, busqué el producto de nuestro trabajo.

—¿Y bien! ¿qué tienes? dijo la madre.

Yo no encontraba un pequeño saco de cuero donde ordinariamente guardaba nuestra escasa ganancia. Busqué en vano en todas mis faltriqueras; habia perdido mi tesoro, y comencé á llorar sin consuelo.

—¡Madre, exclamé, madre, yo no sé cómo ha sucedido esto! no lo he hecho de intento!

—¡Ah, hijo mio! lo sé muy bien.

—Madre, añadí reuniendo mis recuerdos, acaso lo tiré cuando saqué el paquete para entregarlo al Sr. Harrison; volveré mañana, ahora si quieres, habrá caído y yo no lo sentí, porque habia alfombras.

—No, nunca volverás; pero teneis hambre, no hay en casa un solo trozo de pan, y no tengo crédito con el panadero.....

—Yo no tengo hambre y Joel tampoco; ¿no es verdad que tú no tienes hambre? Estamos fatigados y queremos dormir.

—Sí, dijo mi hermano, dormiremos bien.

Mi madre permaneció en silencio, pero gruesas lágrimas caian por sus mejillas.

—Acostémonos pronto y tratemos de dormir. Cuando estemos dormidos, mamá no llorará, dije á Joel. Mañana temprano iré á buscar á John Maxwell para pedirle un chelin que le devolveremos por la tarde. De este modo habrá dinero en casa durante el dia para nuestros padres.

El buen Joel me obedeció, y cuando yo me acosté á su lado en el pequeño lecho que á ambos servía, se durmió recostado en mi espalda.

Cuando mas tarde sentí que el sueño iba á cerrar mis ojos, los entreabrí un poco para ver lo que pasaba. Mi madre estaba sentada á la cabecera de mi padre, tenia sus párpados medio cerrados y su trabajo se habia escapado de entre sus manos. Mi padre dormitaba, y excepto su lenta y difícil respiracion, nada se oia en la habitacion.

Al despertar por la mañana ví á mi madre en la misma postura. Me levanté sin hacer ruido y fui á buscar á John, quien me prestó el gran servicio que esperaba de él. Cuando volví se despertó mi madre. La dije lo que habia hecho; al abrazarla, toqué sus labios, estaban abrasadores.

—Estás enferma, la dije.

—No temas, estoy buena, me contestó.

Cuatro dias despues, mi padre, que habia ido poniéndose cada vez peor, nos tuvo gran rato abrazados ántes de dejarnos ir.

—¿Quieres que se queden? interrogó mi madre.

—Sí, sí, dijo él; pero poco despues añadió: «no;» y sonriéndome cariñosamente, me atrajo otra vez hácia él, y me dijo:

—Gregorio, ¿te acuerdas de lo que me tienes prometido con respecto á tu madre y hermanos?

—Sí, padre mio, contesté profundamente conmovido por el tono en que me hizo la pregunta; tomé una de aquellas manos robustas en otro tiempo y entónces pálidas y débiles, y la cubrí de besos, repitiendo varias veces: «¡padre mio!»

—Querido hijo mio, me dijo él; te quiero con todo el corazón; todos vosotros sois unos niños tan buenos, que vuestra madre y yo no hubiéramos podido deseáros mejores.

Mi madre nos abrazó á su vez, y partimos. Por la tarde, la encontramos en la escalera; parecia que nos aguardaba, y sin embargo no se movió; se la hubiera creído una estatua.

Bajé con precaucion basta el último peldaño á fin de mirarla frente á frente, despues de decir á mis hermanos que no se moviesen. Tenia los ojos fijos y tan abiertos, que me asustó. «¡Madre, la dije arrodillándome ante ella; madre, háblame!»

—Gregorio, me dijo, sin parecer admirada de verme allí; hijos míos, no hagais ruido, creo que duerme.....

Mi padre, amigos míos, dormia en realidad, pero el eterno sueño.»

Mr. Sullivan, que habia hablado en pié, á la manera inglesa, se vió obligado á sentarse y permaneció largo rato con los codos apoyados sobre la mesa y ocultando su rostro entre las manos. Todos los presentes tenian los ojos húmedos y permanecian en profundo silencio.

Al cabo de algunos momentos, Mr. Sullivan hizo un violento esfuerzo para dominar su emocion, y poniéndose en pié, continuó:

«Siempre es uno niño para llorar á un padre, es un duelo interminable. Los años lo debilitan, pero no lo extinguen. Ha habido un momento en que

creí empresa superior á mis fuerzas el repasar este triste pasado. Mas hasta ahora no os he hablado sino de mi padre y de nosotros; continuemos pues.

Tres dias despues de que Daniel Sullivan fué conducido á su última morada, mi pobre madre y nosotros todos nos hallábamos reunidos al rededor de un frugal alimento, de que mi madre se esforzaba en obligarnos á tomar alguna pequeña parte, cuando un carruaje se detuvo á nuestra puerta; un paso firme resonó en la escalera, la puerta se abrió y entró un grueso caballero. Joel comencó á temblar: era el caballero de la cartera.

(Continuará.)

## MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

### CAPITULO V.

#### DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

#### ARTICULO I.

##### DE LA CONVERSACION.

#### SECCION TERCERA.

##### De las condiciones físicas de la conversacion.

#### I

El razonamiento debe ser claro, inteligible y expresivo; coordinando las ideas de manera que la proposicion preeceda á la consecuencia, y que ésta se deduzca fácil y naturalmente de aquella; empleando para cada idea las palabras que la representen con mayor propiedad y exactitud, evitando comparaciones inoportunas é inadecuadas; eslabonando los pensamientos de manera que todos sean entre sí análogos y coherentes; huyendo de digresiones largas ó que no sean indispensables para la mejor inteligencia de lo que hablamos; y finalmente, limitando el discurso á aquella extension que sea absolutamente necesaria, segun la entidad de cada materia, á fin de no incurrir nunca en la difusion, que lo oscurece y enerva, y lo despoja al mismo tiempo de interes y atractivo.

#### II

El estilo de la conversacion será mas ó ménos llano y sencillo, segun el grado de inteligencia y cultura de las personas con quienes se hable, y segun la mayor ó menor amistad que con ellas se tenga. Pero adviértase que aun conversando con personas doctas y de etiqueta, será siempre ridículo el excesivo esmero en la eleccion de las palabras y frases.

#### III

Sin el conocimiento de las reglas gramaticales del idioma que se habla, no es posible expresarse jamás con aquella pureza de lenguaje que es tan indispensable para el trato con gentes cultas y bien educadas; y es de advertirse, que por muy adornada de buenas cualidades sociales que aparezca una persona, las faltas gramaticales en que incurra comunicarán á su conversacion cierto grado de vulgaridad que eclipsará notablemente su mérito. ¿Hasta qué punto no se desluce el que dice *cualquier cosa por cualquier cosa, dijites por dijiste, yo soy de los que digo por yo soy de los que dicen, caballo por caballo, háyamos por hayamos?*

#### IV

El estudio de la gramática es, por tanto, indispensable á todas las personas que aspiran á poseer una buena educacion, las cuales procurarán adquirir, por lo ménos, aquellos conocimientos que basten para hablar con propiedad, y para conocer los giros del idioma que sirven para expresar mas claramente cada idea.

#### V

Es igualmente importante poseer una buena pronunciacion, articulando las palabras clara y sono-

ramente, sin omitir ninguna sílaba ni alterar su sonido, y elevando ó deprimiendo la voz, según las reglas prosódicas y ortológicas.

## VI

El tono de la voz debe ser suave y natural en toda conversacion sobre materias diferentes, esforzándolo tan solo en aquellas que requieran un tanto de calor y energía, aunque jamás hasta hacerlo penetrante y desapacible. En la mujer, como ya hemos dicho, la dulzura de la voz es no solo una muestra de cultura y buena educacion, sino un atractivo poderoso y casi peculiar de su sexo.

## VII

Las personas que tienen naturalmente una voz demasiado grave ó demasiado aguda, deben tener especial cuidado, al esforzarla, de no llegar á hacerla desapacible; sin que por esto se entienda que dejen de darla aquella modulacion que exigen siempre los sonidos orales, para no incurrir en la monotonia, que es un defecto no ménos fastidioso y desagradable al oido.

## VIII

Así la lentitud como la rapidez en la expresion, cuando se hacen habituales, son extremos igualmente viciosos y repugnantes. Pero conviene observar que según es la naturaleza del asunto, y según el grado de interes ó curiosidad que ha llegado á excitarse en los oyentes, así debe hablarse con mayor ó menor pausa ó celeridad. Un asunto sério requiere generalmente una expresion mas ó ménos lenta; al paso que la relacion de un hecho interesante ó chistoso se haria pesada y molesta, si no estuviese animado por una pronta y desembarazada locucion.

## IX

Guardémonos de pronunciar las palabras con ese tono enfático, compasado y cadencioso, que algunos emplean para darse importancia y con el cual solo consiguen ridiculizarse y rebajar á veces el mérito real que poseen, mérito que resaltaria indudablemente en el fondo de una conversacion sencilla y natural.

[Continuará.]

### La perrilla y el borrico.

(FABULA.)

Perrillas ha habido  
Graciosas, bonitas;  
Mas no cual la perra  
Que Lola tenia.

¡Qué bella! qué mona!  
Qué cuca! qué linda!  
¡Qué fiel sobre todo,  
Y qué picarilla!

No bien á su casa  
El ama venia,  
Ponia en su falda  
Sus cuatro patitas.

Allí, hasta sus hombros  
Veloz se subia,  
Y abajo de nuevo  
Tornábase lista.

Y á cada bajada,  
Y á cada subida,  
La faz de su dueña  
Besaba y lamia.

Y todo era en tanto  
Mover la colita,  
Ya á un lado, ya á otro,  
Ya abajo, ya arriba.

—«Ah, vamos! ¿coléas?  
Su dueña decia:  
Pues eso algo dice,  
Pues eso algo indica.

¿Qué quieres? bizcochos?  
Merengues? almíbar?  
Pues toma, adorada;  
Pues toma, querida! »—

Y dándola un beso  
Con dulce sonrisa,  
Hartaba á la perra  
De mil golosinas.

Al verla un borrico  
Con pena y envidia,  
Exclama: «para ella  
Son todas las dichas!

Mientras yo de paja  
Lleno la barriga,  
Ella come solo  
Cosas exquisitas.

¿Qué mucho, si sabe  
Esa maldecida,  
Engañar al ama  
Con sus arterías?

Yo debo imitarla,  
O soy, voto á Críbas,  
El burro mas burro  
De la burrería. »—

A questo diciendo,  
Viene de corrida,  
Y planta á su dueña  
Las patas encima.

Después, de un rebuzno  
La deja aturdida,  
Y luego la lame  
Con su lengüecita.

—«¡Socorro! socorro!  
La obsequiada chillaba:  
¡Ay, qué borricada!  
¡Ay, qué porquería!»—

A la voz del ama  
Que se desgañita,  
Los criados todos  
Vienen en seguida.

Ven el caso, bufan,  
Se espeluznan, gritan;  
Y aquí del acebo,  
Y allá de la encina.

Al mirar los palos  
Que sobre él granizan,  
«¿Qué hice, exclama el burro,  
Que así me acarician?»

—«¡Y aun nos lo pregunta!  
Ellos le replican,  
Dándole otra nueva  
Tremenda paliza.

Váyase á su cuadra,  
Y haga la perrilla  
Cuando tenga madre  
Perra, y no borrica!»—

Yo, acabando ahora  
Esta fabulilla,  
Digo: ¡cuántos burros  
A ese burro imitan!

¡Cuántos de su oficio  
Por otro se olvidan,  
Para el cual no tienen  
Aptitud ni chispa!

Que hacen mal, es claro;  
¿Mas por qué se irritan,  
Si la suerte en ellos  
Llueve sus palizas?

### AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Cuando comienzan á hablar los niños entran en un nuevo período de vida. El habla viene á sustituir los gritos.

Los niños deben tener toda la libertad posible, en aquello que la naturaleza indica como propio á su desarrollo, como el correr, saltar, etc.

Nada debe concedérseles que pidan por medio de gritos descompasados.

Sin embargo, tampoco debe enseñárseles á que pidan de un modo estudiado.

No todo lo que un niño pide se le debe conceder. Si así se hiciera, no tendrían límite sus exigencias; solo Dios seria capaz de concederle todo lo que pidiera.

Los mayores no deben tiranizar á los niños, intimidándoles, así como no debe permitirse á éstos que manden.

No hay que raciocinar con los niños, porque, como observa Mr. Locke, el entendimiento es, de todas las potencias, la última que se desarrolla.

Si los niños comprendiesen los avisos de la razon, no hubiera necesidad de educarles.

Hablándoles en términos que aun no están á su alcance, se acostumbran á contentarse con palabras á criticarlo todo, á creerse tan sábios como sus maestros, á ser altercadores y obstinados, y á hacer lo que se piensa que ejecutan bajo principios razonables, solo por miedo ó vanidad.

Permítase á los niños que sean niños.

Usando un método contrario de enseñanza, solo obtendremos frutos prematuros é inodoros que pronto perecen, tendremos pequeños sábios y niños viejos.

Así podeis hacer que un niño tenga juicio á los diez años, como hacerle que crezca cuatro piés.

Concededles con agrado, pero si negais, sea con firmeza.

Pero no negueis de un modo desagradable, y que su persistencia no os haga retractar de vuestra negativa. En este particular, no hay transaccion.

Debe obtenerse de los niños ó una completa é intransigible obediencia, ó ninguna absolutamente.

La peor educacion que puede darse á un niño es el dejarle vacilar entre su voluntad y la de su superior, dejándole continuamente disputar con él.

Es muy difícil y aun tal vez imposible preservar enteramente á los niños de las malas influencias, aun en el campo.—ROUSSEAU.

### LECTURAS FÁCILES.

ADELA era una niña tan graciosa como condescendiente con sus compañeras, y sin embargo de la deferencia que con ellas tenia, jamás ejecutaba lo que ellas proponian, cuando era contra lo que habia mandado su mamá. Era muy amiga de cumplir con su obligacion, y aunque resistia á las malas insinuaciones de sus compañeras, no por eso las dejaba disgustadas. Por eso Adela era tan querida, porque la condescendencia en los niños, es la señal de otras muchas gracias.

PABLO. Yendo un niño de visita con su mamá á casa de unos amigos, entró en la sala donde habia un papagayo. El amo de la casa le tenia en la mano y le estaba acariciando. El niño, que era muy vivo de genio, se acercó para acariciarle tambien.—¡Cuidado, le dijo el amo de casa, que te vá á dar un picotazo!—¿Pues cómo á tí no te le dá?—Porque á mí me conoce.—Pues bien, dile que yo me llamo Pablo.

LUISITA era una niña muy bonita, con los ojos negros y las mejillas encarnadas; pero era aun mas bonita porque era modesta, humilde y callada. Las otras niñas revoltosas la enfadaban, pero Luisita perdonaba sus injurias, procuraba hacer felices á todas sus amigas, y las amaba mucho á todas. Más amaba á sus padres y á sus hermanos. Luisita estaba siempre junto á su madre. ¡Oh! por eso Luisita era tan buena. El modelo del amor es el corazón de una madre.